



Las paredes encaladas son una de las características del pueblo que mantiene el blanco inmaculado de sus casas.

La granja-pueblo de las casas blancas

Empresa agraria y barrio de Cidamón, Casas Blancas cumple tres cuartos de siglo desde su fundación por el conde de Cadagua

Texto y fotografías: *Ch. Díez*

Comenzaba la década de los cuarenta cuando Pedro Careaga Basabe, conde de Cadagua, adquirió un terreno en la fértil llanada de Cidamón y empezó a construir lo que hoy es Casas Blancas, una explotación agrícola y ganadera a la que da nombre sus casas encaladas de aire andaluz, con macetas de geranios y petunias, rosales y parras que interrumpen la pulcritud de las fachadas blancas y carpintería verde. Con motivo del 75 aniversario de este pueblo-granja –cumplidos el pasado año– nos aproximamos a su peculiar historia de la mano de su subdirector Pedro Álvarez y su director técnico José María Monzón, y de Joaquín Yusta, que ha pasado la vida viviendo y trabajando en la empresa y actualmente es el alcalde de Cidamón.

De llegar a este lugar con los ojos cerrados sería difícil adivinar al abrirlos que estamos en un pequeño pueblo de La Rioja situado entre Santo Domingo de la Calzada y Haro. Su singularidad no solo radica en su aspecto: casitas bajas de un immaculado blanco alineadas al borde de la calle principal, mirando a un horizonte que se pierde en la llanura cultivada de remolachas, maíz, guisante o girasoles. Es más peculiar todavía su concepto y concepción iniciados en la década de los cuarenta: una granja-pueblo, un pueblo-granja y, sobre todo, que haya mantenido el mismo aire de cortijo a lo largo de estos tres cuartos de siglo.

Allí llegó en 1950 un Joaquín Yusta de la Calle de cuatro años con sus padres y sus ocho hermanos. La familia dejó atrás su Valladolid natal y se instaló en una de las casitas que el conde de Cadagua había levantado en la finca para alojar al personal que trabajaba en la empresa. Pedro Careaga, que así se llamaba el conde, ingeniero industrial de profesión y con un extenso currículum de cargos, entre ellos presidente de Iberduero y consejero de General Electric y del BBV, vislumbró en aquel paraje su sueño de crear una granja modelo que combinase la cría de animales con el cultivo intensivo. Unas pocas hectáreas fueron haciéndose muchas a medida que fue adquiriendo fincas colindantes hasta llegar a las más de 500 actuales y la casa solitaria se acabó convirtiendo en un ramillete de viviendas que fueron creciendo a medida que aumentaban los trabajadores.

Tras los primeros años como finca agrícola, el conde comenzó la actividad ganadera en los años 50 con vacas de

leche, cerdos y pollos, hasta que, finalmente, a mediados de los años sesenta, la dedicó en exclusiva a la avicultura de puesta. Hace 20 años, cuando iniciaba su andadura *Cuaderno de campo*, quedó reflejado en estas páginas su sistema de producción único en La Rioja, con naves de gallinas madres para la puesta de huevos, que luego serían incubados para seleccionar pollitas con las que abastecer a las granjas de huevos. José María Monzón, director técnico de Casas Blancas, fue protagonista de aquella entrevista y hoy sigue siendo el responsable de la división ganadera. En estas dos décadas, la empresa ha evolucionado adaptándose a la transformación de un sector cada vez más especializado y con cambios sustanciales en los sistemas de producción. “Hemos simplificado. Ahora nos dedicamos solo a la cría de pollitas; las compramos de un día y las vendemos a los productores de huevos a los cuatro meses. Las granjas iban creciendo y nos pedían cada vez mayor número de pollitas. En su

momento se pensó si se invertía más en incubación o se trabajaba solo con la cría de pollitas y hace seis años, finalmente, se cerraron las salas de incubación”, relata Monzón.

Aquel día fue un día amargo para Joaquín. “Me costó un disgusto cuando el gerente me dijo que las iban a quitar. He sido el encargado de las salas de incubación desde que tenía 18 años. Ha sido toda mi vida.” En este pueblo decreciente, como todos los pueblos pequeños, Joaquín ha visto transcurrir su vida, una vida ligada en cuerpo y alma a la empresa que le ha dado casa y trabajo. En su escuela aprendió a leer, en su cine vio su primera película, allí fue a misa por vez primera y pasó los ratos de ocio en su parque infantil. Allí vio crecer a sus hijos y madrugó para aprender el oficio. Allí pasa ahora los años de jubilación, con la quietud del trasiego de los pocos habitantes que pueblan uno de los tres núcleos de Cidamón.

Porque Cidamón no es un pueblo al uso, son tres barrios diseminados que en su conjunto suman 35 habitantes. Tres casas forman el cogollo de Cidamón del que se bifurcan dos carreteras, una lleva hasta Madrid de los Trillos, propiedad privada, y la otra hasta Casas Blancas, el enclave más poblado. Hoy viven 5 familias en sus casitas blancas, pero en los años 60 y 70 alojaban a más de cincuenta. “Hace 50 años era difícil trasladarse de no ser en bicicleta o en caballerías y la mayoría de los trabajadores vivían aquí



Vista de calle principal, donde se encuentran viviendas y las oficinas de la empresa.



La explotación agrícola tiene 500 hectáreas. Al fondo, las naves de cría.

con sus familias. Tenían escuela para sus hijos, consultorio médico, su bar, su peluquería y su cine, más servicios que en muchos pueblos. Pero en los años 70 y 80 muchos trabajadores empiezan a vivir en municipios cercanos y venían aquí solo a trabajar”, señala Fernando Álvarez, subdirector de Casas Blancas y uno de los trabajadores que ha decidido quedarse a vivir en el municipio. “Esto es un paraíso; todo tranquilidad”, señala. De los cuatro vecinos más, otro es Joaquín Yusta, hoy alcalde de Cidamón, que en sus años de escuela compartió pupitre con más de 30 chavales. “Aquí ha pasado como en otros pueblos pequeños, los trabajadores con hijos se han acabado yendo a vivir a Bañares, Zarratón, Santo Domingo o Haro, pueblos más grandes con colegios”, señala. ¿Hasta cuándo estuvo abierta la escuela?, le preguntamos. “A ver..., mi hijo tiene ahora dieciii..., joder, 37 años, y todavía fue aquí a la escuela. La cerrarían en los años 90. ¿Qué pasa? Que las familias éramos antes más extensas, nosotros por ejemplo somos nueve hermanos y yo he tenido dos hijos; y como yo, todos”, agrega Joaquín. “Ahora estamos cuatro gatos”, remata.

Granja avícola

En Casas Blancas trabajan actualmente 40 personas, que se ocupan de las labores administrativas, atienden las naves de recría de pollitas, la fábrica de piensos, las tareas agrícolas y el mantenimiento de la finca. El núcleo urbano cuenta con 15 viviendas, iglesia, fron-

tón y consultorio médico, además de pabellones para guardar maquinaria y aperos. Alejadas del grupo de viviendas y oficinas se encuentran las ocho naves de recría de pollitas para puesta (ahora se está construyendo la novena) y la fábrica de piensos. La especialización productiva de la granja, como decíamos antes, le ha llevado a decantarse exclusivamente por la recría de pollas para las granjas de puesta, y también a introducir nuevos sistemas de producción, adaptándose a la demanda creciente de huevos procedentes de gallinas criadas en suelo. “Hay una tendencia que viene de Centroeuropa a cambiar la producción de huevos en jaula por sistemas alternativos. Algunos países y cadenas de supermercados ya han dicho que a partir de 2020 no quieren comercializar huevos de jaula. El huevo de jaula se está convirtiendo en un huevo maldito. De hecho nosotros ya hemos hecho el cambio en algunas naves porque nuestros clientes están demandando cada vez más este tipo de pollas”, señala Fernando Álvarez.

Las naves con jaulas están siendo sustituidas por naves con sistema aviarío, en el que se combina una zona de parque y con otra de jaulas abiertas, a las que las aves suben para comer y dormir. “Con este sistema mixto jaula-suelo hay que enseñar a las pollitas a subirse a dormir todas las noches. Se hace artificialmente el amanecer y el anochecer y se suben a mano, una a una, hasta que se acostumbran a hacerlo ellas mismas”, señala José María

Monzón. “Este sector ha evolucionado mucho en los últimos años, agrega. Unas granjas han crecido mucho y otras han cerrado, vamos a grandes núcleos de producción y sistemas de integración. Quedará alguna granja pequeña que atenderá al detalle y la restauración, pero la mayoría de la venta de huevos se produce en los lineales de grandes supermercados y estos quieren tener a un gran productor que suministre a toda la cadena.” A este proceso están empujando también las exigencias normativas para el bienestar de los animales y los nuevos métodos de cría: “en 2012 hubo que hacer un esfuerzo de inversión muy importante para adaptarse a la normativa de bienestar animal con nuevas jaulas. Cuatro años después parece que este sistema ya no sirve, ahora hay que cambiar el sistema de producción hacia técnicas alternativas,” remata José María.



La capilla de Casas Blancas.



Nave con el sistema combinado suelo-jaula en la cría de pollitas.

De Casas Blancas salen cada año casi 400.000 pollitas de cuatro meses con destino a las granjas de puesta de huevos de La Rioja y el entorno cercano (Navarra, Castilla-León...), a las que también suministran los piensos que preparan en su fábrica con materias primas provenientes de la finca agrícola. “Con nuestra producción de trigo, cebada o maíz abastecemos el consumo de la fábrica en un par de meses, el resto tenemos que comprarlo”, señala Fernando. Además de cereales, en esta llanada de tierra fértil, alimentada de agua con grandes pivot circulares, se cultivan guisantes y alubia verde, patata (cada vez menos, confiesa) y remolacha azucarera, cultivo del que recogen 13 millones de kilos anuales, que les sitúa como el principal productor de La Rioja.

Explotación ejemplar

A la muerte de Pedro Careaga Besabe en 1986, la propiedad de la explotación pasó a manos de su hija, María del Carmen Careaga y Salazar, que administra la finca junto a su única hija, Carmen Ybarra Careaga. Casas Blancas Agro SL forma parte del holding Onchena, con sede en Madrid, un grupo que cuenta con participación en empresas como Vocento, Iberpapel, Duro Felguera o la sicav Carfy.

Aunque las cosas han cambiado mucho desde que Pedro Careaga estaba al mando, “esto sigue siendo un negocio y cualquier modificación o inversión que se haga hay que consultarlo”, señala Fernando. Las visitas de la familia son



De izquierda a derecha, Juan Doménech, Joaquín Yusta, Fernando Álvarez y José María Monzón posan durante la visita a la granja.

menos frecuentes ahora y se espacian en el tiempo hasta los periodos vacacionales. La hija y la nieta del fundador ocupan un chalé demodé alejado del núcleo urbano, al abrigo de uno de los encinares que hay en la zona, colindante con el pabellón austero que construyó el conde.

Joaquín guarda recuerdos muy precisos de cuando la finca era aquella explotación agraria a la que se le otorgó la calificación de “ejemplar” y que quedó plasmada en el mosaico insertado en la pared nívea de una de las casas más grandes, con la patrona virgen del Buen Suceso contemplando en su mandorla de nubes el lugar que ocupaban el gallinero, los molinos, la capilla, las viviendas de los trabajadores y las casas de los propietarios, el cine, la peluquería, los silos... Hoy buena parte de esos edificios han desaparecido; en

la medida en que no hubo clientes para el bar, el cine o la peluquería, éstos fueron desapareciendo, junto con las casas deshabitadas o los barracones vacíos.

Al borde de la carretera y calle principal se asoma un parque infantil desierto, con su tobogán roñoso y de color indeciso fruto del desuso y de los años. Pero es el único signo de deterioro que se vislumbra en este pueblo que cada vez es menos pueblo y más empresa. Un par de trabajadores con sus monos bordados con el nombre de la granja en la espalda trajinan con carretillas y herramientas cortando la hierba o arreglando algún desperfecto, intentando mantener el aire intemporal de no pertenecer ni a un tiempo ni a un lugar determinados, en el afán de que Casas Blancas siga mereciendo llevar ese nombre.